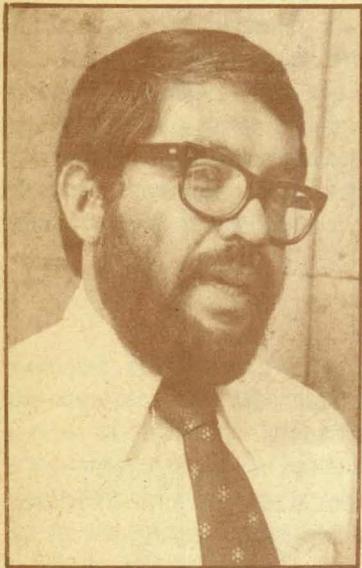


A un siglo de su muerte

Número 1357 Junio 27 de 1979

Ignacio Ramírez

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Versión resumida de las palabras pronunciadas por el autor en el acto conmemorativo del Centenario de Ramírez en San Miguel de Allende.

En esta misma fecha, hace un siglo, Ignacio Ramírez estaba tendido en su cama, agonizando, pero sin dar más señales de agonía que un leve quejido que exhalaba por intervalo. "Por los demás, según describe la escena Ignacio Manuel Altamirano, El Nigromante parecía dormir; sus facciones eran tranquilas y apenas se notaba alteración en ellas. Apoyaba una mano extendida sobre su pecho y, cualquiera que sin estar prevenido lo hubiera visto en aquellos momentos, habría creído que disfrutaba de un sueño agradable... (Poco después) la muerte sobrevino sin convulsión ni señal alguna que la indicase..."

Así, en paradoja, se diuvió la tempestad, pues acaso la turbulencia de su espíritu fue el rasgo más definitorio de Ramírez: tormenta del alma no entregada, sin embargo, a las puras pasiones sino sujeta las más de las veces al reclamo de la razón y de los intereses generales.

"Sublime destructor del pasado y obrero de la revolución", como lo llamó Justo Sierra "enemigo implacable de toda tiranía", según el juicio de Altamirano; "tan inteligente como maligno", en la opinión de Cosío Villegas; "indio bilioso y de ojos inyectados" en palabras de Salvador Novo; "hombre que viene del infierno" y "Voltaire mexicano" para sus asustadizos contemporáneos, Ramírez había nacido, sesenta y un años atrás, en este San Miguel el Grande, hoy de Allende, también en junio.

El mes de su nacimiento y de su muerte habría de marcar también, en 1948, una suerte de resurrección de Ramírez. Si su mote inmortal le vino de la magia que habla con los muertos, él habló desde su tumba y, una vez más, sacudió con el huracán de su ateísmo a una sociedad más inclinada de lo deseable al conformismo y a la quietud enfermiza. Hace 31 años, en efecto, una pandilla de intolerantes raspó del célebre mural de Diego Rivera en el hotel del Prado la frase "Dios no existe" en que el otro guanajuatense ilustre resumió el credo liberal del sanmiguelense. El arzobispo Luis María Martínez habíase negado a bendecir el edificio, a causa del lema ateo, a cuya supresión mediante la acción directa había convocado un sector de la prensa. Poco le duraría el gusto a la intolerancia, pues la noche misma del día del atentado, una expedición de artistas partió de la fonda San Anita, a dos cuadras del hotel y al llegar allí en medio de un escándalo, Diego restauró la fórmula ramiriana.

Si eso ocurrió al mediar el siglo XX, es fácil imaginar cuánto se cimbró la recoleta sociedad mexicana cuando una centuria atrás el joven Ramírez, en su discurso de ingreso a la Academia de San Juan de Letrán propuso la tesis "No hay Dios; los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos". Con el desenfado escéptico que tanto le empobreció, Novo llamó a ese texto "fanfarronada científica" para entrar "en aquel inocente círculo de pedantes". Aunque ni Novo ni ninguno de nosotros hayamos podido conocer ese discurso, perdido al parecer, que no consta en las Obras de Ramírez editadas a finales del siglo XIX ni en las recopilaciones hechas con posterioridad, calificó al hecho de haberlo pronunciado de "episodio publicitario" apto para que se hiciera notar este joven de 25 años que era Ramírez a la sazón.

Si en efecto hubiera El Nigromante deseado sólo "epatar" a los burgueses y a los católicos, no fue menudo el precio que hubo que pagar, pues se le agredió sin misericordia. "Ramírez, dice Altamirano, tomó las proporciones de un monstruo a los ojos de la gente, y el escándalo que los santurrones, azuzados por los frailes, armaron en torno del joven estudiante, fue perseguirlo hasta su retiro".

El ateísmo de Ramírez, si bien no consustancial al liberalismo, es

perfectamente explicable a la luz del pensamiento vigente entonces, y de la estructura social de la época. Don Jesús Reyes Heróles con la lucidez que el tiempo y las circunstancias sólo han hecho crecer, ha insistido en que "en la formación del liberalismo mexicano, proceso y resultado son en cierta medida inescindibles y ello reza tanto para la integración de las ideas como para la transformación de la realidad histórica. El conjunto doctrinal del liberalismo mexicano no puede ser comprendido si se prescinde del proceso mediante el cual las ideas fueron surgiendo, adaptándose y ensamblándose entre sí al ser confrontadas con la propia realidad".

Ramírez era por contraste, hijo de su época. Su historia personal lo hizo también proclive al libre examen y a la negación de la metafísica. Su padre don Lino Ramírez, había sido miembro prominente del partido federalista y vicegobernador de Querétaro antes del triunfo del centralismo en 1835. Conducido a la carrera de leyes por la fuerza de la tradición, Ignacio no había limitado sus lecturas a las pandectas y el digesto, sino que se interesó por las ciencias naturales, al punto de llegar a escribir, andando el tiempo, un tratado fisiológico sobre las sensaciones y de poder redactar, junto con botánicos notables, un dictamen sobre la riqueza forestal de México.

Lanzado por su propio fuego a la plaza pública luego del discurso de la Academia de Letrán, y al impulso de una situación política que dos años más tarde culminaría con la invasión norteamericana Ramírez se inició en el periodismo en 1845. Para ello, en unión de Guillermo Prieto funda "Don Simplicio", "periódico burlesco, crítico y filosófico por unos simples".

Encendido por "El Tiempo", el periódico dirigido por Lucas Alamán, estalla entonces el debate sobre la monarquía, reiteradamente buscada por los eternos desconfiados de la capacidad popular para gobernarse. "Don Simplicio" entra en la polémica acreditando los buenos títulos históricos de la soberanía encarnada y ejercida por el pueblo. Pero no sólo eso. Ante la inevitable división de los liberales entre puros y moderados, el periódico de Ramírez y Prieto, según explica Reyes Heróles, "quiere representar, y de hecho lo logra, una nueva generación liberal que se empalma a las que han dirigido el movimiento y que aún tienen la responsabilidad del mismo. Con esta idea se definen los nuevos hombres a sí mismos" Una secta del partido joven; de ese partido sin caudillo conocido, que desprecia todas, todas las banderas ensangrentadas de los antiguos partidos y que creemos, por aquí, que es el único capaz de gobernar bien". Añade el historiador y político tuxpeño, perdido hoy provisionalmente para la República, "que las aportaciones de este periódico al contenido social del liberalismo mexicano son inestimables". Ya veremos adelante, en efecto, que Ramírez expresó, como legislador, un avanzado pensamiento social, muy contrastante a veces con su extremado liberalismo en materia económica.

En el primer número de "Don Simplicio" Ramírez escribe el célebre artículo titulado "A los viejos", que es un largo y vigoroso reproche a los dirigentes de la nación que no habían terminado de construirla después de un cuarto de siglo de libertad nacional y que, al contrario habían oprimido y explotado al pueblo desde 1821 "ajando así las flores de la independencia, produciendo los frutos de la discordia y apagando las esperanzas del pueblo entre miseria y sangre". "En más de media docena de constituciones que en menos de medio siglo hemos jurado y destruido, no veo sino infecundos sentimientos de libertad y corrompidas fuentes de ilustración, brotando bajo la luz y el fuego de la moderna filosofía en corazones monárquicos y en espíritus aristotélicos".

Con la aventura de editar "Don Simplicio" inició Ramírez una larga carrera paralela de periodista y de preso político. No siempre se condicionaron recíprocamente ambos destinos. No todas las veces en que Ramírez incurrió en el periodismo concluyó su trabajo en las mazmorras; ni todas las veces en que fue huésped de éstas cayó en ellas en razón de su trabajo periodístico. Pero recurrentemente lo encontraremos en una y en otra condición.

"Don Simplicio" tuvo que cerrar "todavía bajo la dictadura de Paredes, y para ilustrar la causa de su clausura, los editores resolvieron editar en blanco el último número. En seguida todos sus redactores fueron encarcelados. El golpe que restableció la vigencia de la Constitución de 24 devolvió la libertad a Ramírez y a sus compañeros."

INDEPENDENCIA AFUERA, LIBERTAD DENTRO

México En Panamá

Vientos de fronda sobre las libertades públicas